

LA PERFECCIÓN OCULTA

Los pintores galantes del siglo XVIII francés capturaron instantes cotidianos e íntimos: bellas damas brindándose caricias durante el baño, matronas preparándose para recibir a su amante, jovencitas desvistiéndose o mirándose al espejo mientras peinaban sus largas y sedosas melenas o aristócratas pícaras jugando con sus perritos de compañía. Sin embargo, algunos autores de erótica fueron más allá en su afán de inventariar las acciones de una mujer en su *boudoir* e inauguraron una tradición lúbrica: los certámenes de coños que se llevaban a cabo en las recámaras de las damas del Siglo de las Luces.

François Tissot, autor de sátiras anticlericales, fue uno de los primeros narradores que rechazaron una creencia popular de la época: suponer que sólo los hombres se vanagloriaban del aspecto de sus genitales. Para rebatir dicha suposición, en *La escandalosa y libertina Lude* (1987), Tissot cuenta la historia de una condesa que notó la exquisitez y belleza de su vulva, mientras se observaba desnuda frente al espejo. Inmediatamente, la joven quiso saber si los encantos íntimos de sus congéneres eran tan lindos como el suyo; llamó a una de sus damas de compañía para mostrarle la vivacidad de la combinación del negro de su vello con la blancura de su piel y el tenue rosado de su clítoris. La sirvienta alabó la gruta sensual del ama, quien le pidió que se bajara las enaguas para comprobar en qué condiciones estaba su "chochito de amor". La muchacha obedeció, y le mostró un coño rubio, de vello ensortijado, que "competía con los rayos de sol". La condesa se sintió herida en su amor propio al comprobar que la criada también poseía un artilugio digno de admirarse. Para sacarse la espinita, la aristocrática dama ordenó a sus ocho sirvientas que se desnudaran y le enseñaran los coños. Sin comprender el porqué de los caprichos de su ama, las mujeres formaron una fila y permitieron que la

condesa las examinara. Tras un minucioso reconocimiento, la libertina Lude se cercioró de que ninguna la aventajara en hermosura, por lo menos en las partes bajas.

Si bien Tissot hizo un catálogo de vulvas al describir estos certámenes, en el siglo XVI, Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, ya había tratado de clasificarlas en *Las damas galantes*: "Las unas tienen el pelo totalmente liso pero tan maltratado que parecen bigotes de sarraceno. Otras mujeres hay que no tienen pelo... Otras tienen la entrada tan grande y dilatada que se asemeja a la cueva de la Sibila... Otras tienen los labios largos y colgantes como crestas... Y hay otras mujeres que tienen esa boca tan pálida que se diría que sienten fiebre allí... Y también las hay que están enclavadas tan abajo y abiertas hasta el culo, incluso siendo pequeñas, que debería tenerse cuidado de tocarlas, por muchas cochinas y sucias razones que no osaré mencionar..."

Cito la descripción del abate de Brantôme, porque pareciera que sirvió como guía a otros autores que reseñaron las competencias de coños en sus novelas. En estos espectáculos privados sólo asistía el jurado, compuesto por dos o tres amigos de las concursantes, se juzgaba el volumen del vello púbico, el tamaño del clítoris, que era decisivo para obtener el triunfo, la firmeza y el color de los labios y la profundidad del orificio. Según Alphonse Voisenon, Charles Duvert y André Fougeret, narradores del XVIII, se acostumbraba que las concursantes usaran una máscara y un blusón que cubría el cuerpo del cuello a la cintura, con el fin de que los jueces fueran imparciales y no se dejaran tentar por la belleza de un rostro o la perfección de unos senos turgentes. Nada debía distraer a los ojos masculinos del objetivo de la competencia: premiar al coño mejor formado. El certamen se iniciaba con un desfile breve; después, las concursantes (generalmente una dama de la aristocracia y su séquito de

criadas) se recostaban, con las piernas abiertas, una por una en el lujoso sofá que adornaba todas las recámaras de los nobles, para que el jurado las examinara. Los jueces apartaban el vello que cubre la entrada al placer; debían observar que los labios fueran delgados y rosáceos, que el clítoris cortara el valle de Venus sin sobresalir; posteriormente, introducían un dedo en la abertura para comprobar que el orificio fuera hondo y de un rojo vivo y para cerciorarse de que el pasaje fuera angosto. Aquella que cumpliera con estos requisitos recibía como premio una o dos piedras preciosas, dependiendo de la fortuna de la dama convocante. Ni hablar de los esfuerzos que hacían las damas por embellecer sus coños, incluso hubo algunas que acudían a las hechiceras para que les cosieran la “abertura” y no se supiera que ya habían parido.

Una vulva grande con un clítoris portentoso era la pesadilla de cualquier mujer, la desigualdad entre los labios implicaba un tormento tan grande como el tener una fea cicatriz en medio del rostro. Todas querían ser las afortunadas poseedoras del ideal simétrico y tornasol parecido al de una rosa de invernadero abierta y jugosa.

El espejo fue un elemento esencial en la novela erótica del XVIII, pues reprodujeron los tesoros de las traviesas damiselas que querían participar en los certámenes de coños, además de reflejar los pechos redondos que asomaban descarados en el escote de los corpiños, las aureolas de los pezones o los culos desnudos. Esta relación de las damas con su espejo fue aprovechada por los escritores clandestinos que narraron detalladamente los efectos causados por tan encantadora costumbre. En *Mi historia y la de mi amante* (Anónimo.1789) se cuenta: "Lucille recorrió aburrida la habitación. Quizá el hartazgo, quizá el calor, la hicieron despojarse de su vestido y

quitarse las enaguas de encaje. Sin sospechar que yo la espiaba, se tumbó en la cama y separó las piernas. Con su mano derecha sostenía un espejito nacarado que colocó enfrente de su sexo ; se quedó varios minutos contemplando sus partes íntimas, hasta que la pasión se apoderó de ella y hundió uno a uno los dedos de su frágil mano en la vulva".

A la manera de un fascinante juego especular, Charles Collé, autor de *El juicio* (1750), convirtió el tema del narcisismo genital en un divertimento *voyeurista*, donde se puede gozar viendo a quien espía a una joven que a su vez observa, a través del espejo cómplice, su pelambre ensortijado. Otra de las variantes que presenta Collé en dicha novela consiste en describir a una dama admirando sus genitales después de haber sido acariciada o penetrada. Casi resulta ocioso mencionar que las más apasionadas se perdían en el cachondeo visual y retomaban solitarias el combate.

Ni falta hace comentar que los pormenores que se incluían en tales relatos podrían suplir las fotografías ginecológicas de cualquier revista pornográfica publicada en la actualidad, aunque con más talento e imaginación.